

Mientras la division de Prim adelantaba sus trabajos, desembarcó en Ceuta el tercer cuerpo de ejército, mandado por el general Ros de Olano, habiéndose distinguido en algunos combates, que dieron la victoria á los soldados españoles.

El 29 de Diciembre nuestra escuadra, conforme con las órdenes del general en jefe, bombardeó el fuerte Martin.

El dia siguiente realizó el batallon cazadores de Ciudad-Rodrigo un hecho de armas de que debemos hacer mencion. Una compañía del regimiento de Albuera, establecida en uno de los parapetos avanzados, se defendia con valeroso entusiasmo con fuerzas muy superiores en número. La resistencia se iba haciendo imposible: de pronto llegaron al lugar de la lucha cuatro compañías de Ciudad-Rodrigo, que hicieron retirar á los moros á su colonia. Entre tanto, otras dos compañías del mismo batallon, mandadas por el coronel Ulibarri y el comandante Grases, defendian una importantísima y arriesgada posicion con sin igual bravura, y las otras dos compañías mantenian la derecha, resistiendo el empuje del enemigo, que atacaba con singular denuedo. Las filas de nuestros soldados disminuian por instantes, y los lamentos de los heridos y el olor de los cadáveres aumentaban el valor y enardecian la sangre de aquellos héroes.

Cerró la noche: los moros, faltando á su costumbre, no se retiraron del lugar del combate: la lucha continuaba. De repente nuestros soldados dejaron de hacer fuego. ¿Qué habia sucedido? Una desgracia que no amilanó á nuestros valientes. Se les habian concluido las municiones.

Oigamos sobre este hecho al Sr. Beltran, historiador de la guerra de Africa:

«¡*Cartuchos! ¡cartuchos!* exclamaban nuestros valientes, armando la bayoneta y recostándose sobre los parapetos, decididos á morir allí todos antes de ceder el paso al enemigo.

»Este avanza al notar que no se hace fuego en nuestra línea; pero los más audaces, los que levantan el pié para saltar las peñas y las matas que constituyen el parapeto, ruedan al otro lado partidos por las bayonetas de nuestros soldados. Los que vienen detrás tiran á boca de jarro: caen los nuestros, pero sobre ellos se levantan otros: ¡nuestros tambien!...

»Las bayonetas rechinan al tropezar con las espingardas: desvíase su puntería de este modo, y entre tanto algunos sueltan sus armas y se ponen á derribar el parapeto y á lanzarlo sobre los moros. Enormes piedras ruedan sobre los infieles, aplastando á los que se encuentran en la hondonada. Lúchase, en fin, á brazo partido, hasta á golpes, como enemigos inermes... Echanse unos á otros mano á la gargan-

ta; dispáranse piedras; aporréanse con ellas sin soltarlas; rujen, aullan, braman los mismos heridos en vez de lamentarse. En ambos lados, en los españoles y en los marroquíes, es igual la furia, el teson, el encarnizamiento, la bravura! En aquel momento sí que son enemigos dignos los unos de los otros. ¡Cuánto valor, cuánto heroismo en los dos ejércitos!— Es una pelea desesperada, en que todos apelan al último extremo de ferocidad á que puede llegar el género humano...

»En este estado del combate, cerca ya de las siete, llegan al fin las ansiadas municiones.

»Nuestros soldados se arrojan sobre ellas.—¡Ya podrán hacer fuego y terminar aquella desigual batalla, en que luchan á la vez con los que los asaltan y acuchillan de cerca y con los que les fusilan desde lejos!

»Pero ¡ah! ¡qué fatalidad tan espantosa! ¡Los cartuchos que han llegado son de un calibre diferente del de sus carabinas!

»¡*No entran! ¡No entran!* exclaman desesperadamente los cazadores, arrojando al suelo aquel inútil auxilio...

»¡*No importa!* responden los jefes y oficiales con tremebundo acento: ¡*Nos sobran armas! ¡A la bayoneta!*

»Y se hace un último esfuerzo, y se arremete de una manera irresistible, y el grito de ¡*viva España!* resuena sobre el fragor del combate, y crece, y arrecia, y retumba como nunca aquella tempestad humana, y sucede al fin un instante de reposo...

»¡Ah! ¡ya huyen!... ¡ya están vencidos! Su intento ha sido inútil: su temeridad castigada. ¡Vedlos que se retiran bramando como la marejada despues de la tormenta!... Algun trueno lejano se oye todavía. En el campo español todo es lúgubre silencio.

»Tal fué el combate de 30 de Diciembre.»

Así terminó el año de 1859. El siguiente empezó con uno de los más brillantes hechos de armas que registra la historia de nuestra campaña de Africa.

El 1.º de Enero de 1860 se dió la famosa batalla de los Castillejos, donde el general Prim salvó con su indomable denuedo al ejército, decidiendo personalmente la victoria en los momentos de mayor peligro y oscilacion (1).

A dos leguas de Ceuta se encuentra el valle de los Castillejos, entre el Mediterráneo y los primeros estribos de Sierra-Bullones, dominando por lomas escalonadas que ofrecian al enemigo, no solamente facilidad para impedir el paso, sino la probabilidad de poder envolver á un ejército que intentase penetrar en el llano, ocupado por una inmensa multitud de moros apoyados hácia un lado en una meseta, y hácia el otro en

1) Tomamos la mayor parte de la reseña de esta batalla de la biografía del general Prim, escrita hace pocos meses por el Sr. Borreguero, valiente y entendido jefe del ejército, y el resto, de datos oficiales.

Sierra-Bullones, y dueños de una angostura que les proporcionaba la retirada en caso de derrota.

Para vencer aquel paso, llave del acceso á Tetuan, concibió inmediatamente el general Prim que era necesario echar mano de la audacia y de la sorpresa, y sin titubear dispuso que los batallones del Príncipe y Vergara desalojaran á los enemigos de una meseta que ocupaban, mandándola al efecto atacar de franco tambien por el regimiento de Cuenca.

Al ímpetu de nuestros soldados nada se resistió, y la altura fué prontamente coronada, no sin alguna pérdidas, cayendo allí el coronel D. Cándido Pieltain. En vano procuró el enemigo recuperar la posicion: cuantas veces lo intentó fué rechazado, y tuvo al fin que replegarse dejando al ejército español un puesto dominante, donde se colocó la artillería para que apoyase con sus disparos el ataque que iba á emprender sobre la llanura, mientras que por mar disponíanse á lo mismo nuestras lanchas cañoneras.

La llanura fué acometida en el órden siguiente: llevaba la derecha el regimiento de Cuenca; á la izquierda marchaban dos escuadrones de húsares, y sobre el centro caian el regimiento del Príncipe y el batallon de Vergara, apoyados por uno de Luchana.

Fué la acometida tan vigorosa, que los moros fueron desalojados sin que pudieran recuperar el campo, á pesar de un impetuoso ataque, que fué rechazado por las tropas españolas.

Era ya dueño del valle el ejército de reserva; pero faltaba lo más terrible de la batalla. Los moros habian dispuesto las cosas de manera que, aun con la forzada pérdida de sus posiciones, les quedase el medio de envolver á las tropas que en los Castillejos se hubiesen empeñado. Tenian preparada una multitud de gente, reforzada con las hordas de Anghera, y en un momento dado cayeron sobre la llanura inmensas y compactas masas de hombres que con terribles aullidos se lanzaban á la pelea casi á boca de jarro; era un esfuerzo desesperado de la morisma, que fué necesario rechazar tambien con desesperado arrojo, y entonces comenzó una lucha heroica y mortífera que inmortalizó el nombre del general Prim.

El ataque de la caballería mora sobre nuestra izquierda fué rechazado por los dos escuadrones de húsares, los cuales, arrebatados por su entusiasmo, fueron mas allá de lo que exigia la prudencia, llegando hasta el campamento marroquí, donde se vieron contrariados por la disposicion del terreno, cubierto de zanjas disimuladas con ramajos, en las cuales rodaron algunos, y rodeados por un círculo de fuego, que desde

todas las peñas y desde todos los árboles les hacia una chusma de kabilas. Nada les arredró; acuchillaron cuanto encontraron al paso, se batieron cuerpo á cuerpo, y volviendo á saltar los fosos, no sin ayudar de paso y socorrer y salvar á sus compañeros heridos, volvieron por la cañada entre dos líneas de mortífero fuego á desembocar en la llanura, trayendo el cabo Pedro Mur, como trofeo, una bandera que habia arrebatado de manos de un jefe marroquí.

Entre tanto que esto sucedia, el combate sostenido por la infantería contra la irrupcion morisca se habia hecho formidable. Al principio no pudieron nuestras tropas hacer otra cosa que mantener sus posiciones resistiendo la acometida de superiores é incalculables fuerzas; pero acabaron por rechazar á los marroquíes y quedar dueños del campo, donde pensó el general Prim atrincherarse en el primer momento. Hostilizado, sin embargo, por el enemigo, que le dominaba desde una grande altura, ordenó otro ataque; y despues de un combate encarnizado, aunque breve, se hizo dueño de la posicion. Divisando desde allí el campamento marroquí, se inflamó de nuevo ardimiento y entusiasmo, y á pesar de la fatiga de tan largas peleas y de las pérdidas sufridas, se disponia á concluir de una vez en aquel dia desalojando á los moros de sus atrincheramientos, cuando recibió del general en jefe la prudente órden de limitarse al mantenimiento de los puntos conquistados.

Los moros, por su parte, á quienes llegaban de todos lados continuos refuerzos, hubieron de creer que las tropas españolas, despues de tantas horas de combate, no podrian ya resistir el empuje de un último y desesperado ataque emprendido con grandes masas de fresco y apoyado por el tiroteo de sus hombres, esparcidos entre las peñas y escondidos en la fragosidad del terreno.

Faltaba, pues, lo más empeñado de la lucha, y en aquel momento supremo iba á decidirse de la suerte de las armas. Viéronse los fatigados batallones de Prim envueltos por un círculo de fuego, y á haberse mantenido simplemente á la defensiva, allí hubieran perecido todos. Era necesario, pues, hacer un esfuerzo heroico y tratar de repeler á los enemigos. El regimiento del Príncipe cargó á la bayoneta, ayudado por un batallon del 5.º de artillería á pié, á las órdenes del coronel Berroeta, logrando desalojar á los moros de sus primeras posiciones; pero se luchaba con desesperadas fieras, cuyo número no parecia mermar, sino por el contrario, multiplicarse ante las pérdidas, al paso que nuestros batallones eran diezmados y se

rendian ya al cansancio. Comprendió el general en jefe el compromiso de Prim y le envió dos batallones de Córdoba á las órdenes del brigadier Angulo. Cuando llegaron, el regimiento del Príncipe cedia ya, replegando ante la morisma; un instante perdido hubiera producido consecuencias fatales. Entonces Prim manda soltar en tierra las mochilas, deja un batallón en reserva, y poniéndose al frente del otro acude presuroso en defensa del Príncipe, amenazado de destrucción. El batallón de Córdoba cede también ante el mortífero fuego de los innumerables contrarios. En vano el heroísmo de los jefes conduce á los soldados á la pelea; cuantos intentaban avanzar caían atravesados á balazos. En vano Prim, dando ejemplo y colocado al frente, excitaba el ardor bélico de la tropa, apurando arengas, excitaciones amistosas, y, por último, amenazas. En vano logró conducir segunda vez al regimiento de Córdoba á la carga; segunda vez retrocedió aquel puñado de valientes. Lívido Prim de ira y rugiendo como un león, se lanza sobre la bandera del regimiento, la tremola y exclama con atronadora voz: «Soldados, podreis abandonar esas mochilas porque son vuestras; pero no podeis abandonar esta bandera, que es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas de los enemigos. ¿Permitireis que el estandarte español caiga en poder de los moros? ¿Dejareis morir solo á vuestro general? ¡Soldados! Ha llegado la hora de morir por la honra de la patria: honor no tiene quien morir no quiere. Seguidme: ¡Viva España!» Y cierra sobre los enemigos con la bandera desplegada al viento, seguido por la infantería. Los soldados ya no flaquean ante los cadáveres que se amontonan: los resisten; el combate es cuerpo á cuerpo y al arma blanca; las cornetas tocan ataque; los enemigos gritan, pero acaban por ser ellos los que se aterran, y por fin ceden el terreno.

Grandes fueron las pérdidas que nuestras tropas sufrieron, pero la sangre española vertida por los moros fué lavada por la que hicieron derramar á aquellas hordas salvajes los soldados de Córdoba, Simancas, Leon, Arapiles y Saboya.

Después de la victoria alcanzada por Prim se encargó de coronarla el general Zabala, avanzando con desnudo y gran exposición hácia una cañada por donde iba á pasar un numeroso cuerpo de moros que se preparaba á arrollar á las tropas del conde de Reus. Era la empresa tan temeraria como la que acababa de acometer el regimiento de Córdoba, pero la realizaron nuestros soldados con valeroso entusiasmo, llegando á tiempo de relevar á los batallones de la división

de reserva, que estaban diezmados y estenuados de hambre y de fatiga.

Poco después empezó de nuevo la contienda; los moros se rehicieron y emprendieron la lucha con más fuerzas y mayor entusiasmo: terribles y continuados disparos se hicieron por ambas partes.

De pronto apareció el general O'Donnell, y dió orden de cargar á la bayoneta, colocándose en el puesto de peligro. «A la bayoneta,» repitió, y al grito de «viva la reina,» nuestros soldados acometieron al enemigo. Entonces fué cuando el conde de Reus dijo al de Lucena: «Mi general, este no es el puesto de Vd.; su vida no le pertenece, y aquí la expone sin necesidad.»

El valiente general Prim, que siempre ha tenido plácemes para el general en jefe, creía que España estaba interesada en conservar la existencia del ilustre caudillo de la guerra de Africa.

La victoria de las armas españolas fué completa. Nuestros soldados, en número de 8.000, derrotaron á todo el ejército marroquí, compuesto de cerca de 30.000 hombres (1).

El ejército siguió su marcha sobre Tetuan, sosteniendo diariamente un ataque de los moros y logrando cada día una victoria.

La bellísima y atrevida operación del paso de las lagunas; el combate del 23 de Enero, en que el general Rios con un batallón de Cantabria se defendió heroicamente contra fuerzas centuplicadas; la batalla de Guad-el-Jelú (31 Enero), en que tanto brilló el tercer cuerpo de ejército, rivalizando en heroicidad generales, oficiales y soldados, y tantos otros hechos de

(1) La batalla de los Castillejos duró de sol á sol, dice un historiador de esta campaña, y en ella tomaron parte muy gloriosa todas nuestras armas: la artillería, la infantería, la caballería, los ingenieros, hasta la marina, peleando, no solo desde la mar, sino también en tierra. El enemigo empleó también todos sus medios de destrucción, su renombrada caballería, sus tropas de rey, sus kabilas montaraces y hasta cañones de montaña. Se arrebató á los moros una legua de terreno y todas las posiciones en que se presentaron, penetrando en su campamento y obligándoles á levantarlo: se les cogieron sus muertos y algunos prisioneros, y finalmente nos apoderamos de una de sus banderas, dando muerte al que la conducía, por lo que la historia escribirá en letras de oro el nombre de *Pedro Mur*, soldado de húsares de la Princesa, que tuvo la honra de realizar tan grande hazaña. Hubo además en este combate una rara circunstancia que hacer valer, y es que su brillante éxito se debió, sobre todo, al valor personal de los generales. Ellos fueron nuestra fuerza; ellos ganaron la batalla: sin el arrojo temerario de Prim, sin la actitud audaz de Zabala, sin la furia arrebatadora de O'Donnell, ninguna tropa de cuantas sostiene el mundo hubiera intentado empeños tan inauditos, tan imprudentes, tan insensatos á primera vista y tan gloriosos en los resultados como cerrar uno contra veinte, penetrar en un torbellino de balas, meterse entre dos fuegos, luchar á la vez con arma blanca y á tiros y arrostrar una muerte segura en una empresa de que quizá desconfiaban. Así es que después de tan portentosa acción, los generales pudieron muy bien decir: *Con soldados como estos no hay nada imposible*: y los soldados responder: *Con tales generales se va siempre á la victoria*.

armas que de buen grado reseñaríamos, cubrieron de gloria á nuestro ejército, que iba dejando en el africano suelo sus mejores hijos, víctimas del furor de los mulsumanes ó de las enfermedades reinantes en aquella inhospitalaria tierra.

El día 3 de Febrero llegaron al campamento las compañías de voluntarios catalanes á tiempo de entrar en fuego al día siguiente con motivo de la célebre batalla de Tetuan, sobre la cual no nos creemos dispensados de decir algunas palabras, porque decidió á nuestro favor la suerte de las armas.

Sobre este combate dejaremos hablar al Sr. Borreguero, que lo ha dibujado de mano maestra y en cortísimo espacio.

«El día 4 de Febrero amaneció con todo dispuesto para la batalla. Los moros se habían atrincherado en un campamento artillado que ellos creían inexpugnable. El ejército español se formó en una dilatada llanura al frente del enemigo, en el orden siguiente:

»Iba por la derecha el general Prim, llevando dos brigadas escalonadas por batallones y otras dos á retaguardia en columnas cerradas, yendo, entre unas y otras, dos baterías de montaña y dos del segundo regimiento montado.

»El general Ros de Olano seguía en la izquierda igual disposición, y llevaba en su centro tres escuadrones del regimiento de artillería á caballo.

»El regimiento de artillería de reserva marchaba precedido de los ingenieros entre los dos cuerpos de ejército citados.

»Detrás seguía la caballería en dos líneas, al paso que el general Rios, con la reserva, estaba destinado á flanquear la izquierda enemiga amenazando el campamento por aquel lado, y con orden de no empeñar acción sino en caso necesario. Apoyábanle una batería de montaña y otra del quinto regimiento montado.

»Se marchaba en este orden admirable con el más profundo silencio y arma al hombro. A las diez rompió el fuego una de las lanchas cañoneras que protegían por el río Martín la izquierda de nuestro ejército, disparando sobre un grupo de moros que habían aparecido á la márgen opuesta, y que huyeron. Los cañones de los moros comenzaron sus disparos sobre nuestras tropas, que siguieron silenciosas su marcha atravesando lagunas y pantanos, sin abandonar su orden de formación. A medida que el ejército marchaba sobre el campamento, despreciando las balas que disparaba la artillería enemiga, comprendían los moros el plan de ataque y decidieron salir á oponerse á los intentos de O'Donnell. Por el flanco derecho aparecieron de cuatro á cinco mil ginetes amenazando la retaguardia; pero la reserva mandada por el general Rios estaba allí para contener el ataque marroquí, y nuestras tropas no se detuvieron en su marcha hasta llegar á un kilómetro del campamento. Allí se colocaron al frente diez y seis piezas de artillería, que rompieron por fin el fuego por nuestra parte, el cual se continuó por fin ganando terreno y adelantándose unas baterías sobre otras. Entre

tanto los lanceros habían sido destacados por un lado para ayudar al general Rios en su defensa contra el ataque de retaguardia, y por otro el general Mackenna se adelantaba con dos batallones al encuentro de algunas fuerzas marroquíes que se presentaban por la izquierda.

»El tercer cuerpo, mandado por Ros de Olano, había rebasado ya el ángulo izquierdo de las trincheras enemigas, y haciendo una conversión sobre la derecha amenazaba á los moros por aquella parte. Por la derecha también el general Prim había hecho igual movimiento. Llegábase al momento decisivo. Acércanse cuarenta piezas, y á pecho descubierto son batidos por nuestros artilleros los parapetos de los moros. Su campamento se ve inundado de granadas. En momentos, parecen acalladas las piezas enemigas, pero vuelven los agarenos con nuevo furor á continuar el fuego, decididos á defender sus trincheras con indomable tesón. Una granada de nuestra artillería prende fuego á un depósito de pólvora del enemigo. Se oye el horrible estruendo, y los treinta y dos batallones españoles aguardan ya la orden del asalto. De pronto todas las bandas y todas las músicas dan la señal de ataque, y el ejército entero se lanza sobre las trincheras. Llénanse estas de cadáveres, sobre los cuales escalan los vivos aquellos parapetos que vomitan la muerte. Los generales todos rivalizan en valor, dando ellos mismos el ejemplo de la lucha, y entonces fué cuando el general Prim, animando á los catalanes, que por la derecha fueron lanzados al asalto, entró á caballo por una tronera del parapeto matando á un moro y espantando con su arrojo á los demás. Todas las fuerzas de Prim penetraron denodadas en el campamento, no sin sufrir horribles pérdidas. Compañía hubo del regimiento de Saboya que fué la mitad barrida por un cañon enemigo. Rivalizaron en arrojo el regimiento de Leon, los cazadores de Alva de Tormes, el primer batallón de la Princesa y los dos de Córdoba.

»Al mismo tiempo penetraba por la izquierda la división del general Ros de Olano, y el combate dentro del campamento fué reñido y encarnizado, teniendo que batirse unos y otros cuerpo á cuerpo. Amenazaba el general García las posiciones enemigas por retaguardia, mientras que avanzaba D. Enrique O'Donnell por la derecha. Ya no era, pues, sostenible la lucha de parte de los moros, quienes huyeron abandonando cuanto en el campamento tenían.»

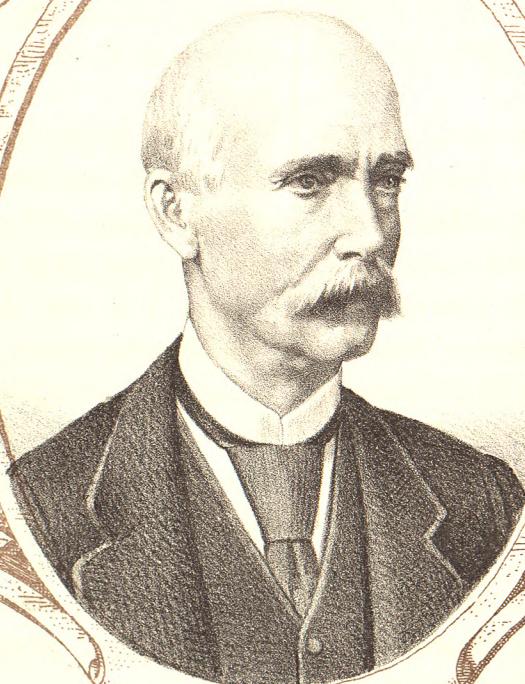
A la anterior reseña debemos añadir algunos detalles.

Los voluntarios catalanes demostraron un valor que admiró á los mismos que de heroico arrojo habían dado repetidísimas pruebas. En la memorable batalla de Tetuan perdieron la cuarta parte de su fuerza, y su jefe, el comandante Sagrañes, murió como bueno á las veinte horas de desembarcar en Africa, cumpliendo la palabra que había dado al general Prim de dar su vida por la patria, dejando honrosamente puesta la bandera catalana.

Los marroquíes dejaron en poder de nuestras tropas,



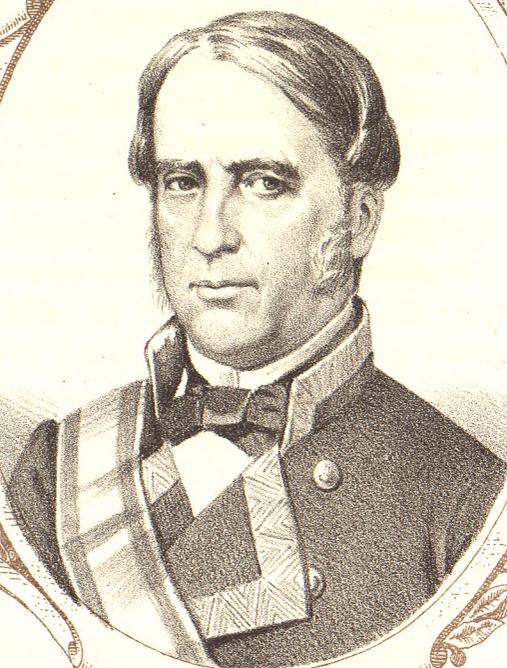
LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



ROS DE OLANO.



R. ECHAGÜE.



RUBALCABA.



J. ORTEGA.

HISTORIA DE

1868

LA REVOLUCION

como gloriosos trofeos de la victoria alcanzada, diez banderas, ocho cañones montados, algunos de ellos cargados todavía, muchos camellos, considerables municiones y 800 tiendas de campaña, capaces de abrigar cada una 25 hombres, siendo una de ellas la del príncipe Sidi-Muley-Hamet.

El ejército tuvo que lamentar muchas pérdidas. Diez oficiales y cincuenta y siete individuos de tropa muertos; tres jefes, cincuenta y dos oficiales y setecientos siete individuos de tropa heridos; siete jefes, trece oficiales y doscientos cincuenta y nueve individuos de tropa contusos. Las del enemigo fueron inmensas: los campos quedaron cubiertos de cadáveres, muchos de ellos completamente destrozados por los proyectiles de nuestra artillería, habiéndoseles visto retirar gran número de heridos á Tetuan y á los vecinos montes.

Tarea larga seria referir todos los rasgos heroicos, todas las proezas que nuestras tropas llevaron á cabo, y obra seria de imposible realizacion la de designar los jefes y soldados que más se distinguieron, á no ser que copiáramos las listas de revista de todos los cuerpos del ejército de mar y tierra.

La batalla de Tetuan abrió á nuestras tropas las puertas de la ciudad que lleva este nombre.

El general O'Donnell acababa de intimar su rendición, cuando una comision de los habitantes de la misma se presentó á pedir la entrada de las tropas para evitar se reprodujesen las escenas de saqueo realizadas el dia antes por los mismos marroquíes.

La noticia del triunfo de Tetuan fué recibida en España con entusiasmo indescriptible, rivalizando todas las poblaciones en demostraciones de fébril alegría.

Todo indicaba que la guerra habia concluido. La série de derrotas sufridas por los moros y la pérdida de Tetuan les obligaron á pedir la paz.

El dia 11 de Febrero llegaron á Tetuan, en el concepto de parlamentarios, *Yas-el-Mahchard*, gobernador de Riff; *Yuis-el-Charqui*, segundo gobernador de Fez; *Ahmet-el-Batin*, gobernador de Tánger, y *Aben-Abú*, jefe de la caballería mora, y anunciaron que el príncipe Muley-el-Abbas queria tener con O'Donnell una amistosa conferencia, la cual se verificó en efecto el dia 20.

El general Ustáriz habia llegado el dia anterior con las instrucciones del gobierno, que estableció como una de las más esenciales bases para el establecimiento de la paz *la incorporacion perpétua del bajalato y de la ciudad de Tetuan á la nacion española.*

Las bases fueron desechadas y la guerra continuó. El dia 27 llegaron los tercios vascongados, al mando el general D. Carlos María de la Torre. Fueron revisados por el conde de Lucena y destinados á hacer ejercicios de instruccion en las llanuras de Guad-el-Jelú.

Dos dias despues el general de marina D. José María Bustillo conferenció con el conde de Lucena, y en la madrugada del dia siguiente puso en la fragata capitana (*Princesa de Asturias*) la señal de darse la escuadra á la vela, dirigiéndose inmediatamente á bombardear los puertos de Larache (1) y Arcilla (2), sosteniendo dos combates que honran á nuestra marina.

De buen grado haríamos una reseña de aquellas jornadas, pero ya que nos falta espacio para ello, no nos creemos dispensados de consignar un hecho que demuestra el heroismo de nuestros marinos en la guerra de Africa. Hé aqui cómo lo refiere el Sr. Beltran:

«Dada la órden de levar anclas, lo hicieron al mismo tiempo el vapor *Isabel II* y el navío del mismo nombre, que aquel remolcaba; pero faltaron los remolques ó cuerdas que los unian (rotos sin duda por alguna bala enemiga), y el navío, dando la popa á tierra, se fué sobre la *Blanca*, que continuaba en su línea de combate.

—»*¡Que se nos echa encima!* gritó el equipaje de esta, viendo la inminencia del peligro.

—»Dejadle venir, contestó D. Tomás Alvear, comandante de la *Blanca*; aunque nos destroce el costado, se librará de varar en la playa y del fuego de los moros.

»Y respondiendo bizarramente con sus baterías al fuego que empezó á hacer la plaza, animada por la retirada que estaban ejecutando todos los demás buques, se mantuvo firme sosteniendo el combate por largo rato, en tanto que el navío pasó casi rozándole por la proa, desrizando sus velas poco á poco, hasta que ya pudo maniobrar y salirse fuera de tiro.

»Entonces la *Blanca*, cumplida ya su generosa mision, levó un ancla, picó la otra en el acto, y con un movimiento recto y preciso, se deslizó sin embarazar la lenta marcha del perezoso navío, uniéndose los dos, á poco, al resto de la escuadra.

»Allí oyó el comandante Alvear los justísimos elogios que sus jefes y compañeros se apresuraron á tributarle por su bizarra y noble conducta y por la serenidad que habia manifestado en el arriesgado lance, recibiendo repetidas veces las gracias y plácemes del valeroso y entendido hombre de mar, brigadier Quesada, comandante del navío.

»Tambien el comandante del *Reina* demostró al

(1) Capital de la tribu de Beni-Arós, defendida por tres baterías.

(2) Puerto en la desembocadura del rio *Ayacha*.

ejecutar la maniobra de levar anclas la justicia del concepto que disfruta como experimentado marino. Todos, en fin, y cada uno por su parte, contribuyeron al mejor éxito de esta empresa, de tantos inconvenientes rodeada y tan felizmente llevada á cabo.

»A las dos de la tarde concluyó el combate, y ordenando el general Bustillo la misma formacion de dos columnas, gobernó al Noroeste para poder franquear de la costa á los buques que carecian de movimiento propio.»

La escuadra encontró una gran resistencia en los fuertes enemigos, habiendo consistido sus pérdidas en un muerto, ocho heridos y tres contusos. El general Bustillo habia ofrecido que España se anticiparia á Marruecos á inaugurar el segundo período de la guerra, y lo cumplió á riesgo de perder toda la escuadra.

El 10 de Marzo tuvo efecto el combate de Samsa. En las primeras horas de la mañana el general Echagüe, que estaba acampado con sus tropas sobre el camino de Tánger (1), dió aviso al conde de Lucena de que por la parte del Fondak (2) se habia presentado alguna fuerza de caballería mora, cuya noticia decidió al general O'Donnell á adoptar las disposiciones convenientes para resistir al enemigo. A la una de la tarde grandes grupos de moros se dirigieron sobre nuestras tropas, con objeto de atacarlas por el frente y por la derecha, mientras que otros, atravesando el rio Jelú cargaron por la izquierda á la guerrilla de nuestra infantería. Por este lado nada pudo conseguir el enemigo, pues á consecuencia de una magnífica carga de caballería dada por el escuadron cazadores de Albuera, se vió obligado á traspasar el rio. Al poco tiempo rompieron el fuego nuestras baterías, y el general Echagüe con tres batallones del primer cuerpo arrojó á los moros de las posiciones que habian ocupado con fuerzas considerables de infantería en las alturas de Sierra-Bermeja. El general en jefe ordenó á la brigada Paredes que evitara la retirada del enemigo por la derecha y que la division de D. Enrique O'Donnell cubriese la izquierda.

En seguida el combate se hizo general; pero el general en jefe vió con sorpresa que las fuerzas enemigas eran infinitamente superiores á las que habia creído; y viendo comprometidas las posiciones de sus tropas, adoptó instantáneamente un nuevo plan de ataque que decidiera la victoria á favor de las tropas españolas. Pocos momentos despues el general Orozco

con dos batallones reforzaba la izquierda; cuatro batallones á las órdenes del general Rios subian las elevadas cumbres de Sierra-Bermeja, y el general García se dirigia á tomar las alturas de Samsa. Entonces se ejecutó un movimiento rápido y simultáneo: el conde de Reus atacó y tomó las posiciones que en el frente habian tomado los moros, los cuales, al pronunciarse en retirada, se encontraron con nuestra caballería, que hizo huir desordenadamente á la caballería mora. Al mismo tiempo el general Rios tomó á la bayoneta las posiciones de Sierra-Bermeja, y el general García expulsaba de las alturas de Samsa al considerable cuerpo de moros, que creia inexpugnable aquella posicion. Al anochecer el enemigo, que habia juzgado obra de encantamiento la instantánea derrota que acababa de sufrir, habia desaparecido de los sitios del combate, dejando en ellos gran número de muertos y heridos.

Nuestras pérdidas consistieron en un jefe, dos oficiales y diez y nueve individuos de tropa muertos; tres jefes, catorce oficiales y ciento setenta y cuatro individuos de tropa heridos, y un jefe, siete oficiales y ciento veinticuatro individuos de tropa contusos.

Despues de esta accion, hicieron los moros nuevas proposiciones de paz. El general O'Donnell, de acuerdo con las instrucciones del gobierno, que habia modificado sus primeras exigencias, propuso la ocupacion de Tetuan, no ya en propiedad, sino como garantía de una fuerte indemnizacion de guerra.

La proposicion no fué aceptada, y en su vista quedaron rotas las negociaciones, y el conde de Lucena acordó marchar sobre Tánger.

Vamos á terminar la reseña de la campaña de Africa diciendo algunas palabras acerca de la batalla de Vad-Rás (1), en que ya tomaron parte los tercios vascos, y con la cual terminó la guerra.

Era el 23 de Abril de 1860. A las cuatro de la mañana se dió la señal de batir tiendas, rompiéndose la marcha en el momento en que se disipó la densa niebla, que impedia verse los objetos á cuarenta pasos de distancia. Apenas anduvo el ejército español una legua, cuando los moros quisieron impedirle el paso, que inmediatamente empezaron á defender las guerrillas de vanguardia. El fuego se hizo general por el frente y por la izquierda. Despues de una brillante carga dada en las inmediaciones del rio Jelú por el

(1) Explican los moros la etimología de esta palabra diciendo que al llegar al arca de Noé la paloma mensajera con la rama de olivo, simbolo de paz entre Dios y los hombres, dijo en su canto: Tin-ja (tierra trajo) hoy Tanja.

Tanja ó Tánger fué ocupado por los ingleses en 1662 y abandonado en 1684.

(2) Casa, posada, meson.

(1) Vad-Agrad: montes bañados por el torrente del mismo nombre, en cuyas inmediaciones existen algunos *adhuares* agrícolas, formando una kabila de 2 á 3.000 hombres de guerra.

Entre las alturas de Anjera, ó Anghera, y de Vad-Agrad se firmó el tratado de paz con Marruecos.